



La prórroga







Ana Céspedes
La prórroga

SEPTEN EDICIONES







A mi madre







I. La prórroga





I.

Saber que la persona a la que amas no es el hombre de tu vida es muy duro, porque supone que, a la menor bronca o adversidad, te plantees la relación y pienses que lo mejor es dejarlo. Pero no es tan fácil sí, como ya he dicho, le amas.

Lucía amaba a Iván más de lo que nadie debería amar a nadie, y sabía con total seguridad que no era para ella. No podía ser para ella. Sabía que Iván jamás le daría la seguridad y el cariño que ella necesitaba, pero lo amaba con toda su alma, como ella misma solía decir.

Iván acababa de salir de casa, aprovechando que ella estaba lavándose los dientes. Lucía oyó el portazo desde el baño y se sintió triste, una tristeza que empezaba a ser demasiado familiar. Se miró en el espejo mientras se enjuagaba la boca. No entendía a Iván después de varios años compartiendo su vida.

Siempre esperaba a que Lucía estuviese en el baño, en la ducha, o haciendo algo en otra habitación para salir de casa sin decir nada. Lucía oía la puerta cerrarse y sentía un nudo en la garganta, una tristeza que ya ni dolía. ¿Tanto le costaba decir «hasta luego»? Al parecer sí. Le era imposible, porque Iván tenía aquella costumbre desde que vivían juntos.

No pensó ni siquiera en llamarlo al móvil. Seguramente estaría apagado o se lo habría dejado en casa. Después de tantos años juntos, ya no cabían sorpresas.

Pero aquellos cambios súbitos de humor la volvían loca, y podía pasarse horas y horas pensando y repasando lo dicho y hecho buscando el motivo de su cambio de humor, cambio que, por supuesto, tenía más que ver con la dirección del viento que con cualquier cosa que ella hubiese podido decir o hacer.

Así que, mientras se pintaba los ojos, repasó mentalmente la mañana: cuando abrió un ojo, Iván ya no estaba en la cama, así que dio media vuelta y siguió durmiendo. Era sábado y tenía la mañana libre. Iván entró en la habitación y la volvió a despertar dándole pequeños mordiscos en el muslo. Bromearon y rieron, hasta que Lucía se levantó. Fue a la cocina a prepararse un café con leche y cuando volvió a la habitación se sentó a mirar cómo Iván empezaba a hacer la maleta.

Preguntó, entre sorbo y sorbo, cuándo se iba, pero la respuesta de Iván fue vaga: «en unos días». Siempre estaba de viaje, y empezaba a hacer la maleta con semanas de antelación. Era una de esas manías absurdas que Lucía no podía entender, acostumbrada como estaba a preparar sus maletas a última hora, la noche antes de salir de viaje. Quizás ese constante ir y venir de Iván era una de las cosas que Lucía no soportaba de su relación, porque siempre tenía la sensación de que sus estancias eran provisionales: nunca sabía cuánto tiempo se quedaría con ella, ni cuánto estaría fuera.



Aquella inseguridad había sido divertida al principio, cuando ella tenía veinte años pero, con el pasar del tiempo, aquella inestabilidad, esa sensación de provisionalidad, sólo le daba tristeza y sensación de vacío, de haberse equivocado de persona al enamorarse de él.

Como siempre, él iba preparando la maleta tranquilamente, sacando y metiendo cosas todos los días, hasta que dos días antes de irse la avisaba del día y la hora, nunca antes. Diría: «me voy pasado mañana, después de comer» para verla llorar lo indispensable. Por supuesto, preguntarle cuándo volvería era una pregunta que permanecía siempre sin respuesta, a no ser que «pronto» o «no lo sé» se consideren respuestas concretas a dicha pregunta.

Iván era periodista, fotógrafo para ser más exactos, profesión que le permitía esta libertad de movimientos sin la que se hubiera vuelto loco. Los dos vivían agarrados a la frase «me tengo que ir», aunque los dos sabían de sobra que «tengo» quería decir, en realidad, «quiero», pero así resultaba más fácil: hay verdades que es mejor no afrontar, y cosas que no deben ser dichas en voz alta, ya que todo podría romperse.

Así, que aquella, mañana después de muchas risas y mucho amor, a él le había cambiado el tono de voz, le había dicho que estaba cansado de vivir allí, y que, en unos días, se iría, sin dejar de meter cosas en la maleta para no tener que mirarla a los ojos. Y aprovechando que Lucía se lavaba los dientes había salido de casa sin decir nada para tomar el aire y olvidar aquel sentimiento de culpa.

Eran ya las dos. Lucía no sabía si volvería a comer o si comería fuera. Así que comió sola: una ensalada de esas que venden ya preparadas con el aliño incluido y un yogurt de fresa. Odiaba cocinar cuando estaba sola.



Iván volvió a las cinco y media de la tarde. Lucía no le preguntó de dónde venía. No hubiese obtenido respuesta, además, si seguía de mal humor, lo único que conseguiría sería cabrearlo más y no tenía ganas de discutir. Iván se consideraba a sí mismo un espíritu demasiado libre como para contestar que, simplemente, había dado un paseo o que había tomado un café con un amigo. Al parecer a él tampoco le apetecía hablar con ella, se metió en el dormitorio y puso la radio, música clásica, para dormir la siesta. Lucía veía la televisión en el salón.

Por suerte, cuando Iván salió del dormitorio, le había vuelto a cambiar el humor, así que muy cariñoso se tumbó en el sofá, a su lado, y entre besos y abrazos le dijo que la había echado de menos. Ésta era más o menos su manera de pedir perdón. Lucía estaba cansada, muy cansada, demasiado cansada a decir verdad, pero prefería no pensar y aceptar estas particulares disculpas. Al menos la tristeza que sentía en su interior se atenuaba por un tiempo.

2.

—Me voy pasado mañana —dijo bocajarro el domingo por la mañana frente a su café solo.

No había la menor emoción en su voz, ni tristeza, ni pena. A Lucía casi se le cae la taza al suelo. «¡Pasado mañana!».

—¿Cuándo vuelves? —la pregunta acudió a sus labios instintivamente, ni siquiera pensó hacerla.

—No lo sé —contestó Iván en el mismo tono neutro.

Acabó de beberse su café solo y se metió en el baño. Lucía miraba el techo cuando Iván volvió a la cocina.

—Por favor, no montes un drama —dijo en tono despectivo mientras recogía las cosas del desayuno y las metía en el fregadero.

¿Quién estaba montando un drama? Ni lloraba, ni suplicaba, ni gritaba, ni hablaba. Sólo estaba allí sentada mirando el techo de su cocina, ¿es qué ya no podía ni mirar el techo de la cocina sin hablar?

Lucía se fue al salón. Desde el sofá oía cómo seguía metiendo cosas en la maleta, abriendo y cerrando armarios y cajones. En la televisión había empezado el gran premio de motociclismo de Jerez. Rossi iba primero a más de cinco segundos del Biaggi, que iba segundo.

3.

No es fácil convivir con alguien que sólo te da media vida cuando tú la das entera. Este era el mayor dolor de Lucía, amar a alguien que sólo le pertenecía a medias. Solo conocía lo que veía, lo que compartía con él, el resto no existía. No sabía nada de él durante los meses que permanecían separados.

No es que no hablaran durante el tiempo que él pasaba fuera, de hecho hablaban casi todos los días, Lucía tenía números de teléfonos de hoteles escritos por todas partes. Pero aparte del tiempo que hacía en Florencia, de lo buena que estaba la merluza en un restaurante de Marsella o del libro que se había leído en Londres, Lucía no sabía nada.

Nada. Si salía, si entraba, si había conocido a alguien o encontrado a algún viejo amigo, si se divertía, lo que hacía, nada. Vacío total, un absoluto misterio. Pero —en fin— sabía que llovía en Florencia, que hay un restaurante en Marsella que prepara una merluza a la plancha buenísima y que le encantó «Sidharta» de Hesse.

Para ella, aquellos meses de ausencia no existían. Por el contrario, ella le contaba todo lo que le pasaba, a quién veía, con quién salía, el programa que veía en la tele, lo que les pasaba a todos sus amigos, hasta todo lo que le pasaba al pajarito que él le había regalado para que no estuviese tan sola.

4.

Él vivía solo incluso cuando vivía con Lucía. ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta? Ella formaba parte del mobiliario, como la cama o el televisor. Pero nunca la tenía en cuenta. Era simplemente algo útil pero con lo que no tenía por qué contar para hacer sus planes.

Está claro que no vivía solo, pero se comportaba como si lo hiciera. Ponía música sin importarle si Lucía dormía o estudiaba. Cuando se despertaba los domingos actuaba como el resto de la semana, y no soportaba que Lucía siguiese en la cama. Abría las persianas, hacía ruido, ponía música, entraba, salía, abría y cerraba la puerta, hasta que Lucía se hartaba y se levantaba.

Eso era lo que hacía tan difícil convivir con él. No era falta de respeto, era total indiferencia. Él hacía su santa voluntad, el resto no le importaba. ¿Por qué no podía hacer lo que quería cuando le diese la gana? Él vivía allí y si, durante la semana, cuando ella estaba en la universidad o en el trabajo podía hacer lo que quería, por qué no el fin de semana. Era ella la que parecía no entender que no podía seguir en la cama cuando él se levantaba.

El único momento en el que se adaptaba, en el que contaba con Lucía, era durante la comida. Odiaba comer solo. Eso era lo único que le gustaba de la convivencia: no tener que comer y cenar solo. Por lo demás, se comportaba como si allí sólo estuviera viviendo él, ligeramente molesto por encontrar las cosas de Lucía desperdigadas y mezcladas con las suyas.

No es que no la quisiera, la quería, pero no podía cambiar sus costumbres y ser menos libre sólo por haberse enamorado de ella.